

*El que antes de su muerte
ha plantado un árbol,
no ha vivido inútilmente.*
Proverbio hindú

Salvador Mazza: un rebelde con causa

Salvador Mazza: a rebel with a cause

En la historia de la humanidad, no es infrecuente que determinadas personas que sobresalen por su talento, humildad y hombría de bien sean relegadas al ostracismo por sus pares “notables”, del cual solo emergen gracias a su tenaz y audaz esfuerzo. Un ejemplo de ello lo constituye el científico argentino Salvador Mazza.

Mazza nació en la ciudad de Buenos Aires el 6 de junio de 1886, y fue criado en Rauch, provincia de Buenos Aires. El niño Salvador heredó de sus padres la religión católica, la disciplina y la tenacidad en el trabajo. Hijo de padres inmigrantes sicilianos provenientes de Palermo, Italia, estudió en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Ingresó a la Facultad de Medicina en 1903 y obtuvo su título en 1910. Al poco tiempo de recibido y ya como bacteriólogo del entonces Departamento Nacional de Higiene, se le encomendó la organización del lazareto de la isla Martín García, lugar donde los inmigrantes hacían su cuarentena antes de entrar al país. Allí comenzó sus primeros estudios científicos sobre el cólera en pacientes provenientes de Europa y Medio Oriente (4). En 1916 viaja a Europa para efectuar estudios de profilaxis de enfermedades infecciosas. En 1920, ya de regreso en el país, es nombrado jefe del Laboratorio Central del Hospital de Clínicas de Buenos Aires.

El doctor Salvador Mazza era un personaje de una entereza extraordinaria; su estatura mediana, sus pequeños ojos achinados y su avanzada miopía le imprimían un aire de científico rebelde. Era enérgico, se cuenta que muchas veces se enfurecía cuando algún proyecto propio fracasaba por culpa de la inoperancia de algún funcionario burócrata. La ciencia argentina le dio la espalda varias veces. Intentó fabricar penicilina a muy bajo costo en el país, con el respaldo de Sir Alexander Fleming. Entonces, en los claustros de la Universidad de Buenos Aires se rumoreó de forma malintencionada un posible interés de su parte en procurarse un pingüe negocio. También, al habérsele otorgado por intermedio del Ministerio de Educación la ayuda económica necesaria para la creación de programas sociales sanitarios, fue acusado de desprestigiar a la Argentina por “inventar enfermedades donde no las había”. Otro tanto recayó sobre Mazza cuando propuso quemar los ranchos en salvaguarda de la salubridad jujeña. Se lo tildó de “desequilibrado mental y piromaniaco”, porque quería pasar a la historia exterminando un insecto inofensivo. A pesar de ello, Mazza logró registrar cerca de mil infectados con la enfermedad de Chagas y otras enfermedades infectocontagiosas, por medio de gran cantidad de trabajos de campo realizados en diversas provincias del norte argentino (2). Debieron transcurrir muchos años para que los trabajos de Salvador Mazza fueran aceptados en el país y gozaran de un reconocido prestigio. Se dice que Salvador Mazza “discurría por la vida con la velocidad de un tren” (1).

Salvador Mazza no se quedaba quieto ni un instante. Viajó en varias oportunidades, tanto al continente europeo como al africano. En 1918 conoció en Alemania a Carlos Ribeiro Justiniano das Chagas. Mazza había quedado deslumbrado unos años antes por las descripciones que había realizado Chagas sobre la enfermedad. Las investigaciones del Dr. Chagas también habían sido motivo de descrédito por sus pares, y fueron precisamente los aportes de Salvador Mazza los que completaron y confirmaron los estudios iniciados por el Dr. Chagas. “Hablar de esta enfermedad es tener a los gobiernos en contra”, le advirtió el especialista brasileño a Mazza, quien confesó a su par argentino:

Hay un designio nefasto en el estudio de la tripanosomiasis. Cada trabajo, cada estudio, apunta un dedo hacia una población malnutrida que vive en malas condiciones; apunta hacia un problema económico y social, que a los gobernantes les produce tremenda desazón, pues es testimonio de incapacidad para resolver un problema tremendo. Pienso que a veces más vale ocuparse de infusorios o de los batracios que no despiertan alarmas a nadie (2).

Es bien conocido el proyecto de Mazza para la construcción de un vagón de tren con el número “E-600”, dentro del cual instaló un complejo laboratorio. Con este tren Mazza viajó miles de kilómetros y llegó hasta

Bolivia, Chile y Brasil. Fue un médico explorador, incluso recorrió la Amazonia y más de una vez durmió con los indígenas (3). Fundó la Mepra (Misión de Estudios de Patología Regional Argentina), un instituto científico en las afueras de la provincia de Jujuy, junto con el Dr. José Arce, bajo la iniciativa de Charles Nicolle, en una de las visitas del notable bacteriólogo y Premio Nobel de Medicina al país. Durante veinte años este establecimiento cumplió tareas tanto asistenciales y de cirugía como de extensión universitaria. Lamentablemente, la Mepra, a pesar de haberse constituido en uno de los centros de estudio de las enfermedades tropicales más célebre de la época, fue desmantelado bajo el argumento de que en la institución ya no se realizaban trabajos de investigación, el 16 de mayo de 1959, mediante una desafortunada resolución del Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires. De esta forma, se perdió gran parte de los preparados e informes científicos más importantes de Sudamérica. Tras su muerte, muchas de las observaciones que Mazza había registrado durante toda su vida se extraviaron o fueron rematadas por su viuda, lo que ocasionó una pérdida irreparable para la historia de la ciencia argentina y mundial.

Salvador Mazza murió en la Ciudad de Monterrey, México, de una afección cardíaca el 7 de noviembre de 1946, a los sesenta años. Se encontraba en ese país como invitado especial a unas jornadas de actualización sobre la enfermedad de Chagas. No hay constancia alguna de que su deceso se debiera a esta enfermedad. Era un fumador empedernido, seguramente la adicción al tabaco contribuyó a malograr su salud. Su viuda, Clorinda Razori, una vez que falleció su esposo, trató de gestionar una pensión graciable que nunca pudo obtener por parte del Estado Nacional. Para subsistir, Clorinda Razori tuvo que vender sucesivamente parte de la biblioteca personal de su esposo, lo que quedaba del archivo científico, instrumental de laboratorio, muebles y otros bienes. El vagón de la Mepra sufrió igual suerte. Luego de permanecer a la intemperie varios años en la estación bonaerense de Boulogne, fue rematado en una cifra irrisoria por el gobierno de turno en 1950, y desapareció, entonces, ese símbolo del progreso científico del país.

Salvador Mazza, condenado por el estudio de una enfermedad negada por el *establishment*, fue víctima de la indiferencia del gobierno nacional. Del mismo modo, Alfredo Palacios, cuando presentó en el Senado en 1937 el Plan Sanitario y Educativo de Protección a los Niños que Mazza le había entregado en mano en Jujuy, sufrió los embates de la indiferencia política (4).

El Dr. Mazza nunca tuvo la habilidad ni el deseo de ganar la simpatía ni de ser obsecuente con el gobierno argentino de turno, como sí lo hicieron muchos de los colegas de su época. Por sobresalir del resto, Mazza sufrió las críticas agraviantes por parte de los funcionarios políticos y los médicos burócratas de la medicina de su tiempo.

Una parte de los materiales de la Mepra, que se creía perdida, fue hallada hace poco y actualmente forma parte de la denominada Colección Salvador Mazza, que se encuentra digitalizada en la Biblioteca Central "Juan José Montes de Oca", de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (5).

En homenaje a su memoria, la ciudad más septentrional de la Argentina lo recuerda con el nombre de Profesor Salvador Mazza.

CLAUDIA I. MENGHI

Cátedra de Microbiología Clínica

Área Parasitología Clínica

Facultad de Farmacia y Bioquímica, Hospital de Clínicas

Universidad de Buenos Aires

E-mail: cmenghi@fibertel.com.ar

1. Halperin F. Vivir a los 90 años. La Nación, 1999. Sec. Suplemento Salud.
2. Marín GF. Salvador Mazza. La Misión. Medicina & Cultura 2009; 34. Disponible en línea en: http://www.medicinaycultura.org.ar/34/Articulo_05.html. Accedido el 10/1/12.
3. Pégola F. Hitos y protagonistas. De la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina al Instituto Nacional de Medicina Tropical. Rev Argent Salud Pública 2011; 2: 46-7.
4. Salvador Mazza. Disponible en línea en: <http://www.elortiba.org/notatapa14.html> Accedido el 4/12/11.
5. Sánchez NI, Pégola F, Di Vietro MT. El archivo «perdido» de la Mepra. En: Salvador Mazza y el archivo "perdido" de la Mepra. Argentina, 1926-1946. El Guión Ediciones. Buenos Aires, 2010, p.13-7.